

MYRTHO

"Mientras haya pobres no podremos proclamar la victoria del optimismo."

MYRTHO

MI COMPAFIERO ME DIJO:

“—...¡Pobrecilla!...”

Abandonada, huérfana, sola en el mundo, como un tierno capullo arrancado por el soplo del invierno y marchitado en la plenitud de su vida, Myrtho arrastraba por calles y plazas su cuerpo casi desnudo, cubierto de sucios harapos, mostrando sus blancas formas ateridas por el frío: era una flor del arroyo, una pobrecita despreciada por sus padres, una francesita hija del crimen.

Todas las tardes desde mi ventana la veía pasar andando trabajosamente, con vacilante paso, pálida, flaca, con grandes círculos amoratados que rodeaban sus negros ojos, aquellos ojos tan expresivos y soñolientos y en los cuales se leía el amargo sufrimiento, la dolorosa resignación de los seres desamparados, sumidos en la más espantosa miseria, acostumbrados á vivir la terrible vida del dolor.

Desde muy niña dicen que fué abandonada sin que ni una persona caritativa se condoliera de aquella infeliz criatura arrojada al océano del mundo para sufrir como una mártir, destinada á soportar las más duras pruebas y á resistir con la debilidad de sus quince años, todo el enorme peso de la implacable miseria. Sola vivía y luchó sola con una firmeza de carácter y un heroísmo admirables.

Tenía solamente doce años cuando fué admitida en el único taller de modas que había por entonces en mi terruño. Ahí trabajaba todo el día, como trabajan estas pobres bestias: las costureras; desde la calle se la podía ver inclinada siempre sobre su labor, ganando con dificultades un miserable jornal que no bastaba á cubrir sus más urgentes necesidades.

† Silenciosa, muda como la Miseria misma, apenas si entreabría sus delicados labios para lanzar un doloroso suspiro ó bien para pedir á sus compañeras de trabajo un objeto cualquiera. Estas se burlaban de ella, la injuriaban lanzándole duras palabras, injustos reproches, y la insultaban constantemente con refinada saña á ella tan bondadosa, tan buena y tan pura..... Y á todos aquellos insultos, ante aquella avalancha de palabras soeces, permanecía silenciosa, resignada; solamente una lágrima furtiva se escapaba de sus ojos y resbalando por sus pálidas mejillas, iba á caer en la costura como única protesta contra la crueldad de las miserables que no respetaban la terrible situación de su negro infortunio!

¡Oh, qué tristes ideas se acumulaban en mi cerebro cuando la veía pasar silenciosamente por la desierta calle! Mi espíritu vagando en un cielo brumoso y triste se abismaba en dolorosos pensamientos. Su imagen aparecía en mi mente con todos los detalles de su miseria, y casi á todas horas, durante el día como en la noche, la veía cruzar siempre pensativa, siempre melancólica, con la mirada fija en el suelo, como buscando en las entrañas de la tierra un consolador reposo para su alma moribunda.

Y así se deslizaban los días de su existencia, lentos, monótonos, interminables, sin una palabra de consuelo, sin un instante de gozo, sin una mano amiga que mitigara su miseria. Muchas veces me ví tentado á socorrerla y entonces me apostaba en la esquina por donde ella tenía que

pasar; la seguía, llegaba á su lado, pero un respeto involuntario, el temor de que rechazara mi pobre dádiva, me contenía y sin atreverme á seguir adelante, la miraba perderse allá á lo lejos confundida entre la indiferente multitud..... ¡Ah! entonces era yo ingenuo y bueno: tenía quince años y creía en todo. Aquella niña, sinceramente me causaba una piedad profunda. Yo no escribía todavía. Este tormento de trasladar al papel todas mis sensaciones, venía en camino, aún no se revelaba; así mi martirio era peor porque no podía ni siquiera desfogar mis impresiones. Era, en fin, un niño, un ser dispuesto á hermanarse con todos los dolores. Ahora ¡ay! no sé si creo en algo y si soy bueno aún. Me da miedo decir que tengo piedad de los pobres.

Pero en aquel tiempo,—parece que fué ayer,—le declaraba sin temor y los egoístas decían: “¡Es una criatura!” Tengo la firme convicción de que hoy, si defendiera á los miserables, esos mismos egoístas me declararían loco. Para ir con mi época, prefiero pues ser loco por dentro y cuerdo por fuera..... ¿Y tú?

Myrtho sufría también este desprecio de la gente, y yo, al no atreverme á socorrerla con algo del *domingo* que mi madre me daba, regresaba yo á mi casa con el corazón oprimido, sintiendo en mi conciencia un vago recordamiento como si tuviera que reprocharme alguna falta grave. Pero ¿qué podían mis mezquinos recursos contra su infortunio? ¿Consolarla!..... ¿Y para qué? ¿Acaso necesitaba ella de consuelos? Aislada como una flor parásita en el árido desierto de la existencia, languidecía minada por la tisis, abatida por el hambre. El mismo aislamiento y la triste soledad á que estaba condenada, habían convertido su carácter en hursifio, enfriado las infinitas ternuras de su alma con el hielo de un forzoso egoísmo.

Cada vez que me acercaba para hablarla, interesado vi-

vamente en mitigar de algún modo sus crueles dolores, retrocedía asustada, mirándome con extrañeza, como admirada de encontrar en este vasto sepulcro que se llama mundo, un ser que se interesara por ella. Sin embargo, y á pesar de su ingrata repulsión, coloreábanse ligeramente sus mejillas, se animaban con extrínsecos fulgores sus lindos ojos, y sus labios temblorosos balbucían un "¡gracias!" imperceptible que hacía vibrar hasta la última fibra sensible de mi alma. Después alargaba su manecita fina y delicada, y rozando levemente mi mano se despedía sonriendo con infinita tristeza..... Tú creías entonces que yo estaba enamorado de ella. No. Yo estaba enamorado de su tristeza. ¿Comprendes ahora por qué hago versos?.....

A su contacto me estremecía involuntariamente. Aquella mano sudorosa, con un sudor raro, me comunicaba el frío que circulaba por sus venas, y como si éste invadiera mi pecho, sentía en mi cerebro la presión de lúgubres ideas, de extrañas nostalgias, de inmortales connubios, el amor en fin, á lo Infinito, el ansia de irme á otra vida perfecta, y el llanto, un llanto amargo ahogaba mis sollozos que brotaban en el silencio sepulcral de mis primeras noches de insomnio.

Me has pedido un cuento de otoño y el cuento es éste: interprétalo como quieras para tus "Bocetos."

Una tarde otoñal como ésta, recogí del jardín vecino los últimos lirios blancos que languidecían en un apartado rincón, y formando un pequeño ramillete se lo ofrecí á Myrtho que aquella vez salía más tarde que de costumbre. Mi obsequio le causó profunda alegría. Aspiró con verdadera delicia el perfume de sus corolas de raso, le dió mil y mil vueltas entre sus manecitas, y sonriendo ufana, casi alegre, me estrechó con relativa fuerza mi mano exclamando:

—¡Gracias, amigo mío, me gustan mucho estas hermosas flores!

Y prendiéndolas en su pecho con una coquetería infantil, se alejó sonriendo.....

Aquel ramo fué mi primera y última ofrenda, la única dádiva que ella había aceptado.

Después de muchos días de dolorosa ausencia, la encontré una noche. ¡Fué la última vez que la ví! Caminaba tambaleándose, apoyándose con dificultad en las burdas paredes de la callejuela sombría. ¡Pobrecilla!..... Su palidez había aumentado mucho y resaltaba aún más con el negro traje que llevaba. Tosía con una tos seca y áspera; en sus ojos, más expresivos que nunca, existía un brillo interno, un fulgor extrahumano, algo inexplicable que no era lo que yo estaba acostumbrado á ver en ellos cuando fijaba en mis ojos sus tímidas miradas. Su cabeza, cubierta con un chal desgarrado y verdoso, aparecía lánguida, dulce, angelical, como la cabeza de una virgen enferma.....

El invierno, el implacable invierno con su fúnebre cortejo de nubes sombrías y de copos de nieve, la mataba lentamente, marchitándola como á una florecilla silvestre y delicada. Y se moría, se moría en plena juventud, soñando tal vez en poéticos idilios, en amores de madres, en dichas que ya nunca llegarían.

¿Recuerdas aquella nevada? Fué tremenda. Empezaron á caer copos de nieve que poco á poco se fueron acumulando en las calles solitarias, en las plazas desiertas, en las azoteas y tejados, en los altos cerros, hasta formar una blanca alfombra limpia, pura, que se extendía por todas partes, que lo invadía todo, envolviendo á la ciudad en su inmenso sudario. Muchos pobres murieron de frío. Y Myrtho, la enfermita de ojos negros y soñadores, semirecostada en el ángulo de una pared; salpicada de plumitas níveas, quedó ahí muda y rígida, oprimiendo con su mano

congelada el pequeño ramillete de lirios ya marchitos, marchitos. Por sus labios aún vagaba una sonrisa, una sonrisa cruel que arrancaba lágrimas de amargura; y su cabeza cubierta con el chal desgarrado y verdoso, aparecía lánguida, dulce, angelical, como la cabeza de una virgen enferma..... ¡Oh! la miseria, la terrible miseria de la vida!.....

Es un cuento romántico, verdad? Parece increíble que estas pobres criaturas mueran de hambre y frío cuando hay miles de almas que pudieran socorrerlas. Y sin embargo, mueren.... ¡Comprendes ahora por qué soy malo, por qué ya no creo en..... nada, por qué ansío morir y por qué hago versos tristísimos?.....”

*
* *
*

Calló.

Callé.

La lluvia gemía como si Dios lamentara haber creado una humanidad tan egoísta.

En pleno ensueño

“Para el mundo, que sin fe
presume mucho y ve poco,
es necio el que menos ve,
y el que ve más es un loco.
¡Pascal, pues con santo anhelo
te mata del cielo el mal,
vuélvete á tu patria el cielo!....

Campoamor. Doloras LVI.